

SOLANGE HIBBS-LISSORGUES  
(Edición y Presentación)

**LEYENDO A ROSARIO DE ACUÑA  
EN SU CENTENARIO.**

**VISIONES FINISECULARES  
PARA NUESTRO MILENIO**

AUTORAS:

CHRISTINE ARKINSTALL

ANA MARÍA DÍAZ MARCOS

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA

SOLANGE HIBBS-LISSORGUES

MARÍA JOSÉ LACALZADA DE MATEO

ESTHER MUNTAÑOLA

*Dykinson, S. L.*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970/932720407.

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial  
Para mayor información, véase [www.dykinson.com/quienes\\_somos](http://www.dykinson.com/quienes_somos)

© Copyright by  
Los autores  
Madrid, 2023

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid  
Teléfono (+34) 91 544 28 46 - (+34) 91 544 28 69  
e-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)  
<http://www.dykinson.es>  
<http://www.dykinson.com>

ISBN: 978-84-1170-114-3  
Depósito Legal: M-11172-2023

ISBN electrónico: 978-84-1170-248-5

*Acuarelas:*  
Esther Muntañola

*Maquetación:*  
[german.balaguer@gmail.com](mailto:german.balaguer@gmail.com)

# PRESENTACIÓN

SOLANGE HIBBS

Desde hace varias décadas, venimos asistiendo a un creciente interés por la literatura y las obras que escribieron las mujeres de los pasados siglos. Esta voluntad de rescate y de revalorización de textos olvidados, silenciados o proscritos de escritoras españolas ha sido fruto, muchas veces, de esfuerzos individuales de estudiosos y estudiosas que han contribuido con empeño y entusiasmo a que el valor ensombrecido de autoras marginadas fuese cobrando luz. La obra y la vida de Rosario de Acuña (1850-1923) que han sufrido un largo proceso de olvido, están recibiendo cada vez más atención y se ha llevado a cabo desde los años setenta del siglo XX, una cuidada y profunda labor de recuperación de las distintas facetas de la trayectoria literaria y humana de esta autora.

La incorporación de la obra de Acuña al canon de las literatas españolas del XIX ha sido facilitada gracias a la labor pionera de María del Carmen Simón Palmer, autora de un imprescindible manual bio-bibliográfico de escritoras españolas del XIX (1991) y a la espléndida tarea de José Bolado, que publicó el conjunto total de los escritos de Acuña en las *Obras Reunidas* (2007-2009) en la editorial KRK de Oviedo. Este esfuerzo de actualización de una prolífica producción en la que coexisten la poesía, el ensayo, el teatro, y la ficción ha ido creando un ámbito de investigación y de reflexión en el que confluyen otras sustanciosas aportaciones como las que se señalan en la bibliografía general de esta antología.

El presente volumen que constituye un merecido homenaje a José Bolado en agradecimiento a su ingente labor de explorador de la polifacética obra de Acuña y a su generosidad, pretende facilitar para lectores y lectoras de diferentes ámbitos el descubrimiento de una obra apasionante y de una fértil figura cultural de primer orden del panorama español del siglo XIX y principios del XX. Su publicación se enmarca en la celebración del centenario de la muerte de Rosario de Acuña y constituye un paso más para la visibilidad y el reconocimiento de una mujer humanista y librepensadora que supo comprometerse con la escritura y la acción a favor de un ideal de justicia y de progreso personal y social.

Pensadora, escritora y periodista, Rosario de Acuña encarna la figura de una intelectual consciente, audaz y comprometida no con una opción política concreta sino contra la obscenidad moral, la prepotencia y las injusticias sociales de su tiempo: “[...] saben que ni soy socialista, ni anarquista, ni republicana, en el sentido *redilesco* de estas adjetivaciones; nada que huelva a dogma, imposición y enchiqueramiento” (OR IV, 2009: 433). Inmersa en el convulso entorno del monarquismo católico alfonsino, un medio en que las normas y convenciones sociales y religiosas coartaban la proyección de la mujer en el espacio público, nunca dejó de reivindicar su trayectoria intelectual y creativa. Su tenaz compromiso militante con las causas de la libertad, su progresivo acercamiento a los republicanos y demócratas, su adhesión a la causa del librepensamiento mediante una perenne contribución periodística al diario anticlerical *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y su ingreso en la masonería en 1886 así como su declarado apoyo al movimiento socialista en los últimos años de su vida le granjearon la inquina y la persecución de los sectores más conservadores y ultracatólicos.

La exclusión de Rosario de Acuña del canon literario finisecular y el dilatado silencio que se cernió sobre su obra no sólo a finales del XIX sino también durante las primeras décadas del siglo XX, se deben a marcos contextuales y conceptuales poco favorables para la recepción y la aceptación de una obra radical y comprometida dispuesta “a saltarse todos los límites impuestos a una mujer por la Iglesia y el Estado” (Hernández Sandoica, 2019a: 12). No siempre obtuvo el merecido reconocimiento de sus coétanos, ni benefició del prestigio literario del que gozó una de sus más conocidas contemporáneas, Emilia Pardo Bazán. Su escritura rebelde y la insobornable afirmación de sus convicciones suscitaban incomodidad y recelos incluso entre intelectuales progresistas de su época, como Leopoldo Alas Clarín que sólo dedicó una escasa referencia “a la laureada poetisa, de las pocas que hay en España que llegan a la categoría de poetas” con motivo de un artículo de la autora sobre la novela galdosiana, *El amigo Manso* (OR V, 2009: 534)<sup>1</sup>.

Consciente de los muchos escollos que la esperaban en el camino de la libertad de pensamiento y de expresión no solo como librepensadora sino como mujer, Acuña dejó constancia a lo largo de su obra de su honda preocupación feminista. En su firme defensa de la emancipación social e intelectual de la mujer no dejaba de recalcar la responsabilidad de una sociedad hipócrita en la que predominaban “inconcebibles contradicciones de hombres librepensadores *intelectualmente* y socialmente” pero incapaces de renunciar a “la mezcolanza o maridaje risible [...] entre el dogma y la ciencia” (OR IV, 2009: 148-149).

Pionera de la conciencia feminista española que evolucionó cada vez más hacia posturas combativas (Díaz Marcos, 2012: 272), sus posiciones suscitaban animadversión por parte de los sectores más conservadores y apasionada adhesión en los que compartían sus ideales heterodoxos y sus convicciones progresistas. Sus intervenciones en el espacio público y su denodada lucha en contra de lo que llamaba

---

<sup>1</sup> Leopoldo Alas Clarín, “Novedades literarias”, *La Diana*, 16 de julio de 1887.

“las roñas de la sociedad” (Hibbs, 2009: 150), no dejaron a nadie indiferente y pagó un alto precio por su independencia intelectual. Acontecimientos de especial tensión jalonaron el recorrido de una mujer que pretendía quitar el último murallón hasta el último cascote, dejar el terreno limpio de escombros y de barro [...] para levantar la nueva fábrica” para la realización de un proyecto social emancipador y un ideal humanista fertilizado por la autonomía de la razón, la inteligencia y el progreso” (Bolado, 2007: 128).

Rosario de Acuña sabía qué adversidades le depararían su talante insumiso y su heterodoxia como lo reveló con profunda clarividencia:

Ahora entremos con resolución en el camino de la verdad, estrecho y orlado de precipicios. Al verme en él tiemblo sin vacilar. Las alimañas más estrambóticas van a surgir de sus orillas; unas como los dogos de la fábula de Cano, comenzarán a ladrar; otras se harán las mortecinas –a ver si tropiezo en ellas inadvertidamente–; muchas, con la propiedad que tiene la cobardía de ensañarse contra los que imagina indefensos, entablarán un concierto de aullidos (OR IV, 2009: 158).

En una carta significativamente titulada “Barbarie y fanatismo” al director de *El Noroeste* en 1916, Acuña evocaba “la solapada, villana y cruel persecución de toda laya” que la iba acosando en todos los sitios donde intentaba fijar su residencia (OR IV, 2009: 355). La descripción de los atropellos de la que fue víctima ofrece un cuadro aterrador del aislamiento y hostigamiento físico de la autora que denunciaba con profunda indignación el deterioro cívico y moral de una sociedad en la que prevalecían la ignorancia y el fanatismo.

Había presentado que su obra intensamente exigente y crítica se desenvolvería por “pedregosas cuestras” (OR III, 2008: 738) y que su resonancia se neutralizaría mediante la intimidación y la marginación. Pese a ello, no dejó de afirmar su acérrima voluntad de resistencia y de lucha para legitimar la radicalidad de sus actuaciones.

Acuña que utilizó su pluma públicamente como una herramienta política y cívica, publicó un sustancial caudal de ensayos, discursos, artículos de prensa, poesía y teatro de singularísima intensidad. La variedad de los temas tratados es el “reflejo de una personalidad múltiple” (Hernández Sandoica, 2021:14), y la constante interacción en su escritura entre su reflexión social, filosófica y sociológica, la densidad de una prosa profusa y poderosa, de gran plasticidad, hacen que su obra exceda los marcos clasificadores. Insólitos procesos creativos convergen en su literatura que podría calificarse como “anómala, indefinible” (Díaz Marcos, 2012: 270) y en la que se entrelazan su percepción vital y sus experiencias íntimas cuyas huellas siempre se escrudiñan desde una postura ética y crítica. En este crisol en el que se funden reflexiones, emociones y convicciones, se manifiestan una conciencia en constante alerta, una inagotable curiosidad y la afirmación de su propia identidad como mujer y sujeto con plena responsabilidad.

Para el acercamiento a la obra de Rosario de Acuña, una imprescindible clave de lectura son sus coordenadas biográficas. Su indefectible compromiso como mujer e

intelectual es el que nos brinda una sentida carta que escribió como madrina de guerra en 1917 a un soldado voluntario de la Gran Guerra. Esta epístola, redactada por Rosario de Acuña ya cumplidos los 66 años, refleja las etapas decisivas de un itinerario en el que confluyen el don y la fuerza de la palabra, de la escritura y de la acción:

Nací en Madrid [...] Viví ciega, con cortos intervalos de luz, más de veinte años [...] En todo este tiempo aprendí Historia de España e Historia Universal, no en compendios, sino en obras amplísimas y documentadas. Mi padre las leía con método y mesura; yo las oía atenta y, en mis largas horas de oscuridad y dolor, las grababa en mi inteligencia. Desde tan lejos viene mi amor a España [...] busqué ávidamente mayor cultura, y volé a los estudios de literatura, tan largo tiempo vedado para las mujeres españolas [...] Escribí versos, poemas, himnos, cantos, dramas, comedias, cuentos y una labor continua, como trama de todo esto, en la prensa patria y extranjera [...] A partir de entonces viví la vida... ¡Cuán intensa! ¡Cuán luchadora! Y ¡qué larga! Te escribo con mis manos pequeñitas, ágiles, bastante armónicas [...] pero llenas de callos, de rugosidades, tan trabajadas están en toda clase de faenas[...] Mas ellas siempre fueron servidoras sumisas de mi voluntad que es trabajar siempre[...] Este es mi dogma, mi fe: laborar, primero para el bienestar de los más próximos, de todos cuantos nos rodean, nos secundan o nos necesitan... familia... amigos... compatriotas [...] Mis padres me dejaron una pequeña fortuna [...] La fortuna se gastó toda: la vida es cara si ha de atenderse a todas las invalideces que se llegan a nuestro lado. Además yo quise conocer mi patria palmo a palmo, y la recorrí a caballo y a pie, en varios años de peregrinación [...] quiero descubrirlo y aprenderlo todo por mí misma, con mi solo esfuerzo y voluntad [...] Me hice una casita sobre un acantilado de la costa astur [...] Tengo la esperanza de morir en este lugar, frente al solemne mar, bajo el amplio cielo sonriente de nuestra patria (Hibbs, 2020:15).

Transparecen en estas palabras las aspiraciones y el ideal humanista de una mujer “abiertamente progresista y de generoso sentir patriótico, sin más causa que trabajar por la libertad y la justicia” (Hernández Sandoica, 2019a: 25). Su apasionada defensa de lo que llamó “la elevación intelectual”, “el ensanchamiento” de los horizontes de la sabiduría fue propiciada por una formación poco convencional ya que Rosario de Acuña, aquejada desde los cuatro años de una enfermedad de la vista que la dejaba ciega durante determinados periodos de su vida, no tuvo acceso a una educación regulada en un colegio de monjas. Autodidacta con gran sensibilidad reflexiva y curiosidad intelectual, se benefició de un entorno familiar muy favorable al desarrollo de una mente inquisitiva y tolerante. Nacida en Madrid el uno de noviembre de 1850 en el seno de una familia acomodada y liberal, su juventud se desarrolló en un mundo elegante y culto. Su padre Felipe de Acuña y Solís, terrateniente, intelectual y político, procedía de una familia de linaje aristocrático. En este entorno familiar bien asentado económica y políticamente, destacan otras figuras influyentes como las del tío Antonio Benavides, ministro en distintos gobiernos del reinado de Isabel II, nombrado embajador extraordinario y plenipotenciario ante la Santa Sede en 1875 (Fernández

Riera, 2019: 19-20) y un primo de su padre, Pedro Manuel de Acuña y Espinosa de los Monteros, hombre político que fue diputado y gobernador civil de Toledo y Sevilla.

Educada en Madrid y en las tierras paternas de Jaén, Rosario de Acuña ha dejado varios testimonios de la honda e insustituible presencia de un padre con el que profundizó lecturas y se inició en el descubrimiento apasionado de la naturaleza que se convirtió en ley de vida. Otra figura masculina de especial relieve en la vida de Acuña fue la de su abuelo materno Juan Villanueva y Juanes, conocido médico, naturalista leonés e introductor del darwinismo en España. Varios viajes de Rosario de Acuña en el extranjero, a París con motivo de la Exposición universal de 1867, a Bayona donde residió una larga temporada durante los años del Sexenio y a Roma estimularon su prematura curiosidad y aguda sensibilidad. Acuña nunca dejará de enaltecer un proceso de educación basado en la observación, la experimentación y la autonomía personal, fruto de unas circunstancias vitales especiales y que determinaron una trayectoria singular: la de una joven de linaje aristocrático cuya evolución ideológica e intelectual la llevó a asumir su compromiso de mujer progresista y librepensadora y a romper las ataduras con su primer horizonte vital.

En este entorno ilustrado e intelectualmente enriquecedor de los primeros años de su vida, las principales fuentes de conocimiento de Rosario de Acuña fueron el estudio de las ciencias, del arte, y de la literatura, los viajes y el acercamiento a la naturaleza. La evocación de “las horas [...] de felicidad completa” experimentadas en la infancia, revela la importancia de una naturaleza descubierta con su padre en las monterías de Sierra Morena. Acuña ha dejado muchos testimonios de los lazos que la unían a una naturaleza que se había convertido en “culto de su vida” y fundamento de su posterior evolución religiosa, social e intelectual. La experiencia propia del dolor y del sufrimiento generados por una debilidad visual de la que solo se restableció a los 35 años, reforzó su vínculo íntimo con un entorno natural en el que se manifestaban con especial fuerza los ciclos de la vida y de la muerte. Confesó en varias ocasiones que el acercamiento a la naturaleza había propiciado la regeneración física y mental que anhelaba:

Y si las garras del mal que me acosaba no se aflojaban en los primeros instantes de mi llegada al campo, no había más que montar a caballo y subir a la sierra, ascender a las umbrías de Madrona, a los llanos de Navallahiguera, a las cumbres del Tamaral, a las mesetas de la Solana [...] (Hibbs, 2011: 185).

La inmersión en la naturaleza coincidió con la progresiva recuperación de la vista y el mejoramiento físico. Más adelante, las excursiones por el monte y la reiterada exploración de una tierra que recorría palmo a palmo se convirtieron en un ritual iniciático que se repitió a lo largo de su vida como camino de perfección y de conocimiento.

Su recurrente evocación del proceso de caducidad y de regeneración del universo parte indudablemente de su propia experiencia vital pero también de su inalterable relación con un entorno en el que fuerzas naturales y seres humanos

están indisolublemente unidos. Su temprana obsesión por la muerte también está estrechamente vinculada con este “inmenso anfiteatro de la vida”, donde alternan luces y sombras ya que todo es ¡fugaz!, ¡todo transformable!, ¡todo pasajero!, ¡efímero, incompleto, relativo!...” (OR III, 2008:741). Las reflexiones de Acuña con respecto a la finitud, a una posible vida futura reflejan las primeras manifestaciones “de un sentir hondo y fecundo en emociones” (Hernández Sandoica, 2021: 303).

Unas emociones que se plasman en las tempranas obras de poesía ya que Rosario de Acuña “nace a la literatura como poeta” (Bolado, 2019: 81). La inmersión en la escritura poética es ley de vida desde la infancia como lo revela la propia Rosario de Acuña en el Prólogo de su primero poemario, *Ecos del alma*, publicado en 1876: “[...] paso a decirte, público insigne, que yo, contando veinticinco años, cuento dieciocho haciendo versos, si que por las mientes me cruzase en tan largo intervalo de tiempo coleccionar, corregir e imprimir los muchos y desiguales renglones que con lápiz, carbón o tinta iba escribiendo en ratos tan perdidos que ni de ellos me daba cuenta [...]” (OR III, 2008: 63).

Parte de su poesía se publicó en libros de versos entre los años 1874 y 1884 y se difundió posteriormente en álbumes, revistas, periódicos y almanaques. Se trata de una producción sustanciosa en la que reivindicaba su vocación de “poeta” afirmando de este modo la legitimidad de una escritura que no respondía a los cánones de una lírica efusiva y sentimental tradicionalmente reservada a las mujeres tildadas de “poetisas”:

Si han de ponerme nombre tan feo  
Todos mis versos he de romper (OR III, 2008: 72).

Su obra poética en la que se incluyen poemarios como *Ecos de alma* (1876) que recoge algunos de sus primeros poemas, *Morirse a tiempo. Ensayo de un pequeño poema imitación de Campoamor* (1879) del que se editaron cuatro ediciones, *En las orillas del mar* con una primera publicación en la revista *La Ilustración Española y Americana* en 1874 y luego en volumen (1882) y *Sentir y pensar* (1884), evolucionó desde un romanticismo tardío hacia formas realistas e incluso naturalistas (Bolado, 2007: 439) y refleja aspectos esenciales de su personalidad y de su obra: pensamiento analítico y reflexivo, hondo espiritualismo, intensa plasmación pictórica. Los quebrantos personales así como su profunda preocupación ante la muerte, el dolor y la pérdida se expresan en composiciones con acentos místicos que la acercan a la poesía del barroco español. La lírica de esta autora es el primer y esencial recorrido que nos lleva a su prosa poética, a una obra repleta de resonancias, correspondencias y “manifestaciones anímicas” (Bolado, 2019: 113). A pesar de que su producción poética no le granjeó el reconocimiento unánime de la crítica, su obra lírica revela una gran maestría en composiciones como los sonetos, o poemas breves como los cantares de raíz andaluza (Bolado, 2019: 95-96). La dinámica tesitura de sus textos se revela en poemas o “canciones” como “La marea”, poema publicado en *El Cantábrico* en 1902 (OR V, 2009: 550-552) y “La peregrina” (OR V, 2009: 563) en serenatas, y en el conjunto

de su lírica publicada en prensa en la década de 1880 y leída en veladas literarias como la del teatro Principal de Alicante.

En sus poemarios se manifiesta la espiritual compenetración con lo vivo, verdadero fermento de su reflexión introspectiva y de su recurrente meditación sobre la muerte y la inmortalidad del espíritu, situándose de este modo en la estela de admirados autores como Walt Whitman, Jules Michelet, Víctor Hugo, Gustavo Adolfo Bécquer, José de Espronceda y Bretón de los Herreros. El sentimiento sobre la naturaleza que plasma en su lírica nunca es un lugar común de la retórica y el anhelo de fusión con el entorno se agudiza extraordinariamente cuando se produce la coincidencia entre el paisaje y el yo poético. Algunas de sus composiciones más emblemáticas en este sentido son las que dedica a la flora y la fauna así como a los escenarios naturales de mar y de montes. El conjunto de formas y colores que trasforman sus poemas en auténticos cuadros con frecuentes referencias a la pintura nunca es un simple telón de fondo e irrumpe con individualidad propia, capaz de reflejar el movimiento, los efectos lumínicos, las hondas preocupaciones metafísicas. Porque “hay algo en los poetas que evoca lo inmortal”, como lo expresan los propios versos de una autora para quien la poesía no era un oficio sino una pasión y “un afán de lo absoluto” (OR V, 580-583) que podía compartirse a través del arte poético y de la lectura pública de sus versos. La poesía de Acuña está marcada con el indeleble sello de lo íntimo, de las vivencias propias como lo revelan sus emocionadas composiciones dedicadas a su padre (OR V, 2009: 451) y el soneto póstumo a su madre (OR V, 602-603). La propia autora, al ponderar su trayectoria poética, iba a confesar que había llegado a las honduras del alma después del rechazo de lo que antes escribía “como nacido de una edad nebulosa que tenía reminiscencias del candor y recuerdos (emocionales para la mujer) de la poesía mística” (OR IV, 2009: 159).

Sus primeras producciones poéticas merecieron muchos elogios y recibieron el apoyo de figuras masculinas de su entorno familiar y cultural; sin embargo el verdadero reconocimiento llegó con el estreno en 1875 de su obra teatral, *Rienzi el tribuno*, un drama romántico en verso, con varias representaciones que recibió muy favorable acogida del público y de la crítica. Este momento de éxito en la vida de una joven dramaturga ha sido ampliamente comentado y difundido ya que coincidió con el afianzamiento literario de una autora de talante reformista y con ideas moderadamente liberales. En la misma década se estrenaron el drama *Amor a la patria* (1878) en Zaragoza y *Tribunales de venganza* (1880) en Madrid. En estos años de los primeros éxitos literarios, se casó con Rafael de Laiglesia Auset, teniente de infantería que provenía de una familia conservadora y acomodada. Después de los primeros años de vida común en Zaragoza, el matrimonio se trasladó a Pinto, al sur de Madrid, donde hizo construir una pequeña residencia campestre, Villa-Nueva. En esta quinta situada en un entorno rural, Rosario de Acuña, a quien la vida en el ambiente castrense de una ciudad provincial y conservadora como Zaragoza debió de resultar difícil, se dedicó a poner en práctica las experiencias agrícolas y las ideas higienistas que iba a defender en sus escritos (Bolado, 2007: 67). En Pinto, alejada de la élite social por

voluntad propia, marcó y elaboró su horizonte vital desde la diferencia alejándose de los valores políticamente correctos de su época. En esta nueva etapa varios acontecimientos íntimos y dolorosos se aprietan en su vida: el repentino fallecimiento de su padre en 1883 y la ruptura definitiva de su matrimonio que solo había durado escasos años. Acuña ha dejado constancia del desgarramiento provocado por la muerte de un padre que fue “luz” de su alma en un soneto firmado en febrero de 1883,



Sección de Ephemera de la Biblioteca Nacional de España, eph. 81 J2117-3534.

En la galería de 75 fototipias en cartulina de célebres poetisas y grandes escritoras de la serie 27 de la Compañía de fósforos y cerillas de Madrid (1905-1907) en la que se rinde tributo a las calidades creadoras e intelectuales de determinadas mujeres, se propone, tanto en el retrato como en el texto bio-bibliográfico, una imagen convencional de Rosario de Acuña que corresponde al periodo social y literariamente aceptable de su creación<sup>2</sup>.

“A la memoria de mi padre, Felipe de Acuña y Solís. Murió a los 50 años”. En esta elegía, renegaba “de la oscuridad de la muerte al igualar a su padre con la luz” (Arkinstall, 2019: 46).

<sup>2</sup> La localización de esta Galería de fototipias se debe a la generosa colaboración de Jean-François Botrel.

Fueron momentos de duelo y de dudas existenciales, que atravesó como si la golpeará una “noche eterna y fría” (OR V, 2009: 452). También fue un periodo en el que emprendió su conversión de mujer progresista y librepensadora, tomando una serie de decisiones que afectaron profundamente su existencia. Varios escritos suyos reflejan la crisis personal que atravesaba como el poemario *Sentir y pensar* dedicado a la memoria de su padre, y la transformación interior que la llevaría a acercarse a otros círculos sociales, el de los librepensadores madrileños y las asociaciones masónicas y espiritistas. En su carta de adhesión del 28 de diciembre de 1884 a Ramón Chies, director del diario librepensador *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Rosario de Acuña evocaba detenidamente las circunstancias fortuitas que la habían conducido a meterse en la batalla del librepensamiento y de la regeneración: la lectura de un diario hasta entonces desconocido para ella y en cuyas páginas encontradas por pura casualidad, “estaba la idea de libertad en su más alta representación, la libertad de pensamiento” (OR IV, 2009: 142). Su compromiso con la causa del librepensamiento se había manifestado públicamente unas semanas antes con motivo de la campaña de descrédito del catedrático de Historia Universal Miguel Morayta, represaliado por republicano y masón. Rosario de Acuña manifestó su apoyo a la libertad de pensamiento y de enseñanza que reclamaban los estudiantes huelguistas y se ofreció a pagar la matrícula a los que estuviesen sancionados. Poco tiempo después su pública adscripción a *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y la declaración de intención publicada en la primera página del diario suscitaron virulentos ataques por parte de la Iglesia y de la prensa católica. A partir de entonces asumió plenamente su misión de mujer libre dentro de la intelectualidad femenina. También en este momento se inició una campaña de difamación y demonización en contra de una mujer que, con extrema valentía, había afirmado su código de valores éticos y políticos y su insumisa voluntad: “[...] a su lado, heme aquí, señor Chies, que vengo a ofrecer mi entusiasta concurso a la causa del librepensamiento, con la medida del caminante que, viajando, ni se precipita ni retrocede. Y vengo a este campo de glorioso combate con creencias que por nada ni por nadie consentiré en perder [...]” (OR IV, 2009: 154).

Desde 1884 se multiplicaron sus intervenciones y escritos en los que afloraba su vocación profundamente humanista, de talante ilustrado y liberal. Su compromiso con la verdad y la justicia, su defensa de un ideal regeneracionista se expresaron con fervoroso vigor no sólo en su producción ensayística y periodística sino también en sus apariciones públicas. En la primavera de 1884, fue la primera mujer en ocupar la tribuna del Ateneo Científico y Literario de Madrid con ocasión de una velada literaria. En el mismo año inauguró las Conferencias de Señoras en El Fomento de las Artes, una sociedad cultural madrileña que había realizado una notable labor de difusión y de instrucción popular (Bolado, 2007: 124). De 1885 a 1890 la presencia de Acuña en el semanario librepensador y filomasónico fue intensa y la acercó a otras corrientes del pensamiento heterodoxo como la masonería y el espiritismo. No se adhirió explícitamente al espiritismo pero mantuvo una relación constante con mujeres espiritistas como Amalia Domingo Soler, fundadora de la revista *La Luz del Porvenir*, en cuyas páginas se reprodujeron muchos artículos de Rosario de Acuña.

Pese a que conservara su independencia, Acuña compartía un ideario común con mujeres librepensadoras: libertad de conciencia, defensa de las libertades cívicas, lucha a favor de la educación de las mujeres y de su presencia en el espacio público, instauración de una república anticlerical y laica. Miembro de la Sociedad Progresiva Femenina fundada en Barcelona por Ángeles López de Ayala y Amalia Domingo Soler con la colaboración de la anarquista Teresa Claramunt en Barcelona, Acuña se había convertido en un referente para las mujeres racionalistas españolas, defensoras de la República, del librepensamiento y del laicismo (Simón Palmer, 2007: 57). En 1886 su ingreso en Masonería propiciado por la logia *Constante Alona* de Alicante, con el simbólico nombre de *Hipatia*, ilustre matemática y filósofa griega, marcó otro paso decisivo en su lucha contra las fuerzas sociopolíticas conservadoras.

En aquellos años su obra, ya sustanciosa, recogía bajo la forma de ensayos, cartas, artículos de prensa y conferencias, el conjunto de expectativas y anhelos que sintetizaban su ideal humano en un momento de crisis profunda de la sociedad española, una sociedad que calificaba de “vieja y podrida que se está cayendo a pedazos [...]” (OR III, 2008: 758). De 1880 hasta finales de su vida, su colaboración en la prensa fue prolífica y constante y favoreció la creación de redes de sociabilidad progresista y transgresora, y la elaboración de un lenguaje político asumido con plena libertad. Se hizo muy presente en el espacio público gracias a una colaboración de cincuenta años en la prensa española y extranjera. Su voz enérgica y profusa destacaba en publicaciones demócratas republicanas, librepensadoras, masónicas, espiritistas y socialistas. En estas publicaciones sobresale una extensa producción suya en prosa que reúne diferentes géneros: artículos, ensayos y cartas. Parte de estos textos se publicaron en volúmenes en vida de la autora como *Tiempo perdido* (1881), compuesto por tres ensayos y un cuento, y *La siesta* (1882) que agrupaba cuentos, ensayos, relatos y artículos aparecidos con anterioridad en periódicos y revistas (Bolado, 2007: 445). También merecen especial mención los libros de cuentos para niños *Certamen de insectos* (1888), *La casa de muñecas* (1888) y *La herencia de las fieras y Misterios de un granero*, editados en 1890 por la editorial El Porvenir. Su labor como dramaturga en la que constan obras como *Amor a la patria*, *Tribunales de venganza*, *La voz de la patria*, *Una dama cristiana* y dos dramas que tuvieron amplia repercusión mediática, *Rienzi el tribuno* y *El Padre Juan*, reflejaba los conflictos sociales e ideológicos de su época y tenía una clara orientación patriótica (Bolado, 2007: 449).

Es una prosa en la que la riqueza temática viene impuesta por las circunstancias histórico-sociales y políticas del momento y que revela la maestría, el didactismo y la incandescente pasión de una mujer comprometida. Su estilo a veces arrogante e irónico que “zahiere conciencias”, estilo a veces extraordinariamente emotivo “no busca la quietud del lector, de ningún lector o lectora” (Bolado, 2011: 13). Resulta imprescindible para apreciar el desafío intelectual de sus escritos tener en cuenta su extraordinaria capacidad para anudar todos los hilos de una compleja y ambiciosa reflexión ética, social y política.

Rosario de Acuña que ponía en práctica los principios humanistas de libertad, igualdad y tolerancia, recogió de manera sistemática el conjunto de expectativas y

anhelos de su ideal humano: una sociedad basada en la justicia y en la perfectibilidad, “la racionalidad en todos sus espiritualismos” y cuya regeneración pasa por el engrandecimiento del individuo. (Hibbs, 2009: 149). No escatimó sus críticas a veces despiadadas contra los males endémicos de la sociedad española en un momento de crisis y de inestabilidad política y su acerada pluma arremetía contra “todas las injusticias, las iniquidades y las violaciones” (OR IV, 2009: 184). Su pensamiento utópico la llevó a denunciar una situación caracterizada por la hipocresía de las instituciones morales y políticas, el sectarismo, las desigualdades sociales que aquejaban más a las mujeres y las fuerzas retrógradas, verdadera rémora para la inteligencia y la libertad. Incansable batalladora a favor de los derechos de las mujeres, a las que dedicó muchos artículos y ensayos, proponía “otros prototipos de feminidad combativa que resultan revolucionarios” en su época (Díaz Marcos, 2012: 288). La cuestión de lo “femenino”, eje vertebrador de su obra, se expresó desde los años 1882 en la serie de textos titulados “En el campo” explícitamente destinados a sus lectoras, “A las mujeres” (1887) y en la sustanciosa producción de 1902 titulada “Conversaciones femeninas”. Estos textos representan una esclarecedora muestra de su compromiso a favor de “una educación que preservara la esencial identidad igualitaria de unos seres humanos que nacen sin distinción de sexo como *personas*” (Hernández Sandoica, 2019b: 259). Proyectó su inquisitiva mirada sobre la ignorancia de las mujeres españolas de la clase media, y en contra de las imposiciones de una institución eclesiástica que las mantenía en un estado de insoportable sumisión.

Coherente con su proyecto regenerador de la sociedad, Acuña reclamaba un modelo subversivo que conllevara un cambio profundo de los papeles de género y de domesticidad mediante el acceso de las mujeres a la esfera de las artes y de la ciencia. Su propuesta de crear una mujer “científicamente agrícola” mediante un plan de estudios teóricos y prácticos en el ámbito de la técnica, de la botánica, y de las ciencias naturales que pudiese favorecer una “feminidad activa” y el cambio de las tradicionales estructuras de desigualdad socio-económica abría “un espacio de disidencia frente al modelo de mujer doméstica y sacrificada” (Díaz Marcos, 2012: 299-306). Los dos volúmenes de cuentos *Certamen de insectos* y *La casa de las muñecas* ya mencionados, y en los que formula ideas avanzadas sobre la educación de los niños, son una muestra del compromiso pedagógico de una autora muy crítica con las instituciones educativas tradicionales e íntimamente convencida de la necesidad de una educación igualitaria para el hombre y la mujer del futuro ya que la educación era el “único camino para la posesión de sí misma” (OR I, 2007: 667). En posteriores conferencias sobre la condición de la mujer y la igualdad de derechos que impartió en 1888 en El Fomento de las Artes sobre las “Consecuencias de la degeneración femenina” y los “Convencionalismos”, y en el Centro Obrero de Santander en 1902 sobre “La Higiene en la familia obrera”, abogó por una identidad femenina construida con libertad y autonomía, independientemente del estado civil.

Su visión, que suponía un cambio radical y transgresivo tanto en las mentalidades como en las prácticas, repercutió con demoledora radicalidad en un polémico artículo

suyo de 1911 en el *Heraldo de París*, periódico dirigido por su amigo Louis Bonafoux. El artículo titulado “La Jarca de la universidad” era una virulenta denuncia de las agresiones machistas que habían sufrido unas estudiantes extranjeras por parte de un grupo de estudiantes barceloneses. El texto que arremetía contra las discriminaciones impuestas a las mujeres en su acceso a la enseñanza universitaria, y que ponía en entredicho la supuesta “virilidad” de los agresores, desencadenó la furibunda indignación de los sectores más conservadores y retrógrados, provocando el exilio de la autora que tuvo que refugiarse dieciocho meses en Portugal. Este evento de fuerte repercusión mediática, que había reforzado el ostracismo social durante los últimos años de su vida, fue un episodio más en la larga concatenación de hostilidades que tuvo que sufrir.

Acérrima defensora de una feminidad igualitaria y autónoma, Rosario de Acuña ya había estigmatizado “el horrible convencionalismo educativo en el cual nuestras leyes, nuestra religión y nuestras costumbres moldean las almas femeninas” en otra conferencia de fuerte resonancia en 1888 con motivo de la instalación de la logia masónica femenina “Hijas del Progreso” (OR III, 2008: 563). En aquel momento los blancos de sus afiladas críticas eran la institución eclesiástica, el clericalismo retrógrado, culpable, a su entender, del profundo retraso de un país en el que se mantenían las supersticiones idolátricas y el fanatismo.

En 1891, con el estreno de su obra anticlerical *El Padre Juan*, volvería a incidir su rechazo de la intolerancia y del monopolio exclusivo de una única verdad fosilizada en ritos y dogmas. Acuña que defendía una postura conflictiva de la fe en su época, “nunca dejó de reflexionar sobre temas relacionados con la religión” (Díaz Marcos, 2019: 131) y la serie de artículos titulados “Ateos” y “Nuestro ateísmo”, publicados respectivamente en 1885 y 1909, revelan su religiosidad panteísta y su radical rechazo de las religiones positivas. En 1887 y 1888 salieron a la luz algunos de los ensayos y artículos más críticos en los que estigmatizaba una sociedad teocrática en la que el catolicismo había propiciado durante siglos la esclavitud, el rebajamiento y la humillación de los individuos. “A las mujeres del siglo XIX” era un feroz ataque a las estructuras de poder y de dominación de la Iglesia cuyas primeras víctimas eran las mujeres. Al hilo de otras contribuciones publicadas en 1887 en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, dio a conocer el estado de decaimiento físico y moral de pueblos abrumados por las supersticiones y las imposiciones de la Iglesia.

En aquellos años, el compromiso humano y social de Rosario de Acuña se manifestó a través de sus viajes que se convirtieron muchas veces en una exploración antropológica con finalidad ética y humanista. Las minuciosas excursiones durante largas temporadas “al paso de su manso corcel andaluz” y acompañada al principio por su criado Gabriel, le llevaron a recorrer durante cinco meses las tierras de León, Asturias y Galicia (OR II, 2007: 1393) y a explorar “todas las cordilleras, valles, mesetas y costas de la Península” (OR II, 2007:1294). Su amor por las tierras españolas y su incesante curiosidad por descubrir y recorrerlas, le inspiraron numerosas secuencias descriptivas de paisajes captados y vividos en primera persona, como en su expresiva

carta abierta a Anselmo López, “Impresiones sobre España. El paisaje y el hombre”, fechada en 1917:

¡Ah, sí! ¡España, la tierra española, la Península Ibérica es hermosamente espléndida! Usted siente bien la naturaleza y tiene que comprender toda la belleza de ella en este rincón español. Yo la conozco casi palmo a palmo; en cuanto a Asturias, la Montaña y Galicia, *las sé* como mi casa (OR IV, 2009: 392-395).

Si la contemplación de la naturaleza y el ensimismamiento contemplativo alcanzado ante la belleza natural constituían el acostumbrado ritual de una fervorosa viajera, la investigadora mirada de Acuña la acercó a muchas situaciones de la miseria humana. Los desastres físicos y mentales de pueblos alejados y en los que el estado de postración favorecía los desvaríos de la superstición fueron objeto de descripciones naturalistas y dramáticas como en el caso del relato “Los endemoniados de Arteijo y el santuario de Pastoriza” publicado en 1887. Esta crónica que a modo de tragedia exhibía “el fanatismo bestial, la ignorancia impía y la ferocidad bestial”, no fue del gusto de las autoridades y caciques de la Provincia y Acuña ha dejado patente en otro testimonio, “Luarca”, la persecución solapada y tenaz que la acosaba durante estas expediciones (Fernández Riera, 2019: 66).

Sus recorridos por tierras españolas alimentaron testimonios y relatos que resonaban como urgente advertencia. En este aspecto son muy relevantes los textos publicados a principios del siglo XX: “La tuberculosis del pueblo montañés” (1901), “Las especialidades en avicultura” (1901), “Avicultura popular” (1901) y “Conversaciones femeninas” (1902). La mirada compasiva y muchas veces clínicamente sociológica de Acuña captaba la situación de postergación sanitaria, la ignorancia, la miseria humana y animal de regiones casi totalmente abandonadas. Al hilo de reflexiones que revelan sus conocimientos en medicina, ciencias naturales e higiene, reivindicaba la noción de cuerpo social, de “cuerpo de la nación” que se sustentaba en su convicción humanista de que tanto los individuos como las sociedades podían regenerarse mediante un perfecto equilibrio en la organización física y la ascendente actividad moral de la conciencia. A partir de los años 1901 y 1902, cuando sus propuestas sobre la preservación de la naturaleza, la salud, la higiene y su conciencia medioambiental habían alcanzado su plena madurez, la mayoría de su producción ensayística, de sus conferencias y discursos reflejaban el afán de extender una cultura popular basada en los preceptos de una vida sana y la autosubsistencia. Sus aportaciones pioneras en materia de epidemiología, de salud privada y pública, y de una regeneración en consonancia con las leyes de la naturaleza, enlazaban con su propia experiencia, sus constantes lecturas y su contacto con intelectuales y científicos progresistas de su época.

Acuña ha comentado de manera explícita, los achaques físicos de los que adolecía y su lucha para recuperar un equilibrio físico y vital como en 1893 cuando enferma de paludismo, se refugió en las costas de Galicia:

[...] acribillándome yo misma a inyecciones de quinina para concluir con mi reclusión, corrí a Galicia, a las ásperas escolleras que se extienden desde el cabo Silleiro a La Guardia, donde viene a estrellarse la corriente del golfo mexicano, saturada de yodo y del sodio del mar del sargazo. Al pisar la primera aldea gallega de aquellas costas, se me cortó la fiebre, al mes empecé a sentir la vida y la fuerza en mi agotado organismo, y a los tres meses trepaba ágil, fuerte y sana por las rocas [...] (OR II, 2007: 1493).

Estas vivencias habían reforzado su convencimiento de que la precariedad sanitaria, las infecciones y la falta de higiene eran una enfermedad social cuyas causas identificaba con clarividencia: el pauperismo y abandono de las clases trabajadoras en el campo y en las ciudades, la desnutrición y el hambre, la falta de educación y la ignorancia. En la última década del siglo XIX su compromiso social se hizo muy patente en las colaboraciones en periódicos y semanarios dedicados a las clases trabajadoras y obreras.

En los postrimeros años del XIX y a principios del XX, empezó otra etapa clave en la vida de la autora que, al abandonar su finca en Pinto, se estableció en el pueblo de Cueto, Santander, en 1898. “Penetrarse de la ciencia de la tierra, de las estaciones, de los vientos, de las semillas, del frío, del calor, de la luz, de la sombra, del movimiento, de la vida, del reposo” era la filosofía que deseaba poner en práctica con su finca avícola (OR I, 2007: 666). Fue un período en el que revisó “con espíritu crítico las experiencias vividas” y se mantuvo informada de los cambios sociales que anunciaban la entrada en el nuevo siglo (Bolado, 2011: 12). Verdadera pionera como mujer en el conocimiento y la práctica profesional de la avicultura por la que se había interesado durante su estancia en Bayona gracias a su relación con una “Señora viuda de magistrado [...] mujer de corazón y de inteligencia ilustrada [...]” que había montado una pequeña granja avícola, Acuña obtuvo un reconocimiento inédito con el segundo premio de la Exposición Internacional de Avicultura en 1901 (OR II, 2007: 1285-1286). Este experimento que se insertaba en un proyecto más ambicioso de reforma del campo con la organización de un orden social que gravitara en torno a familias autosuficientes y autogobernadas, reflejaba su amplio conocimiento de las teorías científicas a debate en su época y su compromiso ético para extender entre la gran masa del pueblo toda clase de cultura y de conocimientos. Su labor propagandística a favor de una existencia sana, laboriosa y culta, de “perfeccionamiento progresivo de la especie (OR III, 2008: 644) y del desarrollo de la inteligencia “con el tesoro de las sabidurías” (OR III, 2008: 654), se había intensificado desde finales de los ochenta. Su presencia tuvo amplia repercusión en varios recintos como en la Logia femenina *Hijas del Progreso* (1889), en el Círculo de la Constancia en Cuenca (1891) con motivo del establecimiento de una Escuela de Artesanos, y en el Centro Obrero de Santander adonde acudió en 1902 para participar en las conferencias culturales y científicas para los trabajadores y las trabajadoras de la Federación Local de la UGT santanderina. Siempre estaba dispuesta a mostrar la posibilidad de que existiera una mujer culta, autónoma y económicamente independiente, poseedora de unos saberes que la capacitasen para ganarse la vida.

En la última etapa de su vida se alternaron adversas circunstancias vitales: su enfermedad y el fallecimiento de su madre en 1905. No habían cesado las hostilidades en contra suya, como las que la obligaron a dejar Cueto y abandonar su granja avícola: “[...] granja que deshice porque la casera dueña de la posesión donde la había creado no quiso tener una *mujer hereje* en su finca. ¡Pobre España!” (OR II, 2007: 1824).

Entre finales de 1909 y en los comienzos de 1910 se instaló en Gijón desde donde gestionó, con la ayuda de su compañero Carlos Lamo, la compra de un terreno para construir su última residencia en El Cervigón, sobre un acantilado “con vistas plenas sobre el mar y sobre los valles de la ciudad” (Bolado, 2007: 265). Tal como lo había proclamado con fervorosa convicción en 1885 en un vibrante alegato, “Vivir para los demás” publicado en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, su inalterable compromiso seguía siendo incluso con mayor fuerza, la lucha contra los egoísmos y dogmatismos, y su defensa de la solidaridad y de la fraternidad (OR II, 2007: 1033) como lo atestiguan sus escritos publicados con motivo de la celebración del Primero de mayo: “El mundo de mañana se elabora entre las masas obreras. En ellas están las esperanzas de justicia y de fraternidad [...] Trabajemos, trabajemos todos por llegar al Socialismo, última jornada que nos dejará al pie de la gran cumbre de gloria para nuestros descendientes [...]” (OR II, 2007: 1273-1274).

Su instalación en estas tierras coincidía con su creciente militancia política y su acercamiento a los partidos de izquierda y a sociedades obreras, como lo revelan sus colaboraciones regulares con *La Voz del Pueblo*, semanario socialista y su participación en el diario republicano *El Noroeste* de 1909 a 1923. Destaca su activa presencia en el Ateneo Obrero, sociedad que se había fundado en 1881 y de la que era socia protectora. Su compromiso radicalmente combativo fue notorio en las protestas y manifestaciones que se celebraron en las convulsas circunstancias políticas de aquellos años: presencia militante en una manifestación contra el gobierno de Maura en 1909, y apoyo en pública manifestación en las calles de Gijón en 1910 a la ley del Candado.

Como se ha mencionado, el dramático paréntesis de su exilio a Portugal de 1911 a 1913 a raíz de la publicación de “La jarca de la universidad”, un virulento artículo contra la agresión de jóvenes mujeres estudiantes por “mamoncillos de [la] cultura española católico-troglodita”, ha sido otro evento ampliamente comentado que da fe de la inquina y del hostigamiento con los que tuvo que enfrentarse hasta el final de su vida. (OR IV, 2009: 470.) A su vuelta a España y pese a condiciones materiales precarias, Rosario de Acuña siguió afirmando su indomable vocación humanista de mujer libre. Su adhesión a las fuerzas progresistas y de izquierdas transparece en la regular y emotiva relación epistolar que mantenía con figuras y amigos de los círculos librepensadores y socialistas. Esta correspondencia de registros varios, en la que alternan momentos de amistosa ternura y sororidad, evocaciones hondamente personales e incisiva ironía, enriquece la percepción de una mujer de personalidad compleja y singular. Consciente de que su presencia activa y militante ya alcanzaba determinados límites por “la edad y los achaques”, Acuña iba esbozando lo que llamaba su testamento espiritual que pudiese “festejar en su festejo, [sus] bodas de oro con el librepensamiento, mejor dicho, con la

*expresión de la conciencia por el verbo*, que esta fue mi labor de cincuenta años [...]” (OR V, 2009: 501).

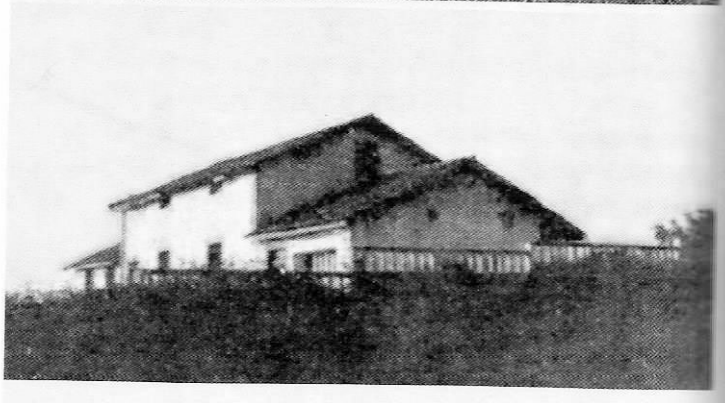
En lo que le quedaba de camino en su batalla contra “ignorancias y fanatismos”, sus comparecencias públicas y sus intervenciones tuvieron especial resonancia. A lo largo de la tormentosa coyuntura política y social de los años 1916-1917, en los que se acrecentaron los conflictos en el mundo laboral y resonaban los ecos de la Primera Guerra mundial, Acuña manifestó su apoyo a la unión de las fuerzas de la izquierda con su presencia en la prensa y en actos como en el mitin aliadófilo de Madrid (Fernández Riera, 2019: 116). La guerra fue una cuestión a la que dedicó una reflexión crítica en un momento en el que se manifestaban reivindicaciones pacifistas en los círculos librepensadores y espiritistas. Autora de la obra de teatro *La Voz de la Patria* estrenada en 1893 y con motivo de la guerra de Marruecos, Rosario de Acuña reincidió en su alegato humanista y pacifista a favor de los soldados muertos en “los salvajes campos del Rif” con una serie de artículos, enérgicos manifiestos, publicados en 1922 y en los que reclamaba justicia para las víctimas del conflicto<sup>3</sup>. Con firmes interpelaciones hacía un llamamiento a las madres, a los masones y al pueblo español para que saliesen a la calle a reclamar la justicia y el respeto de los derechos humanos.

Poco antes de llegar al término de su vida, y después de acudir en la villa minera de Turón al acto de fundación de la Agrupación Femenina Socialista local, Rosario de Acuña había dejado el sentido testimonio de su esperanza en un mundo alumbrado por los “esplendores de la razón y de la conciencia”. En su carta a la socialista Virginia González, sus palabras iban dirigidas a mujeres militantes y jóvenes como ella, y a otras muchas “en todos los extremos del proletariado español”, con las que se podía fecundar, abrir camino, esparcir la savia de la vida” (OR II, 2007: 1782 y 1769). Su voz siguió resonando muchos años después.

Transcurrieron los últimos destellos de su vida, hasta su fallecimiento el 5 de mayo 1923, en su casa del Cervigón, acompañada por el que fue durante largos años fiel compañero, Carlos Lamo.

---

<sup>3</sup> La guerra del Rif (1921-1927) fue una guerra colonial que se produjo durante la monarquía de Alfonso XIII y que llevó a la tumba a miles de españoles destinados como soldados en el norte de África. Supuso una inmensa derrota militar para España con un coste social y económico enorme.



Arriba: con su humilde planta en semirruina se levantaba contra el olvido, en medio del mar;  
al interior era de hierbas altas e hinojo.

La casa de Rosario de Acuña en el Cervigón.